

La gran familia de los Efraínes y Marías

—¿No has leído María, de Isaacs?

—No.

—Léela. ¡Si vieras! ¡Es de linda! Pero ¡es de triste!

Y la niña lee la novela, a instancia de una compañera. ¿Y qué pasa? *María* es de aquellas novelas que prenden muy luego en el corazón, por virtud de su propio asunto y de secretas correspondencias del alma... Tenemos aclarado precisamente, en punto a la persistencia de ciertas novelas, que perduran y se immortalizan aquellas, sobre todo, que refieren alguna de las historias esenciales del alma y su destino en la tierra, entre las cuales historias —ya se comprende que alegóricas— es principalísima la del alma una en dos. De ahí la inmortalidad; de ahí, por mejor decirlo, la impercedera popularidad de *Pablo* y *Virginia* o de *El final de Norma*; obras certeras en lo esencial, y llenas, por otra parte, de las condiciones capaces de conferir longevidad, en la gran masa de lectores, a una creación artística. En fin, es seguro, es segurísimo, que el hombre tiene el oído atento para tales historias esenciales, y que le interesan, sobre todas las otras, esas que digo del alma una en dos. Muchos, muchos escritores la contaron en el Asia, en el Africa, en Europa, en cuentos, en novelas, en leyendas y apólogos. Aquí en América, para toda la América de habla española, hubo de contarla Isaacs, el colombiano, en su *María*; pero de un

modo ¡ay! harto más enfermizo, dolorido y punzante que los anteriores, por culpa de la atmósfera general del romanticismo. En esto radica lo peculiar, y también, sin disputa, lo grave del caso.

—¿Ya comenzaste *María*?

—Ya.

—¿Te gusta?

—Me hace llorar muchísimo.

—¿Y qué te gusta más: *Pablo y Virginia* o *María*?

—*María* hace llorar mucho más...

Y es que en *Pablo y Virginia* un tercero es quien narra; en *María*, el propio protagonista. ¡Y qué distancia de tono la que va de la tercera a la primera persona... romántica, para peor! ¡Qué intensidad dramática en este último caso y qué directos contagios! Mas aún. Muerta Virginia la recibe Dios, y el drama concluye. Muerta María, empieza a vivir de otro modo. ¡Qué! Sabemos que toda la obra es la historia de una muerta. Y no hay cómo no ella hasta en las páginas menos crueles, un fantasma, un dulce y melancólico fantasma que va, viene, pasa y torna.

Más, penetremos en la novela.

Efraín y María se criaron bajo el mismo techo, en el campo, en el valle del Cauca, hasta el día en que aquél, niño aún, debió marchar a Bogotá para dar principio a sus estudios. Una vaga pena de despedida, una ausencia ligeramente nostálgica, y el regreso a la montaña. Con el regreso empieza la novela, apenas descabalga el mozo y abraza entre los suyos a María, la hija adoptiva de su hogar; niña que a las debidas quince primaveras, está como a la espera de Efraín para enamorarse enamorándole.

¿Cómo es María? Podríasele llamar, la de las largas pestañas, que es lo primero que nota Efraín, así como el encanto de su sonrisa "hoyuelada". Tiene, pues, una sonrisa deliciosa y un dulce mirar. Los labios, algo imperativos; la cabellera, castaño oscuro; la garganta de una blancura mate, los brazos admirablemente torneados, las manos delicadas. Es habitual en ella, sobre la falda graciosa, un delantal azul; usa también un paño-

lón color de púrpura, ora atado al cuello, ora enlazado a la cintura que hace juego con un clavel muy encarnado que suele llevar en el nacimiento de una de las trenzas. Es suelto y armonioso su andar. Cuando baila... Pero no. María no ha bailado nunca. En cambio, canta con regalada voz, mientras Emma —la casi hermana suya—, la acompaña en la guitarra. Y todo en ella está impregnado de la bíblica, de la misteriosa dulzura de las mujeres de su raza. Porque se ha de saber que ella es judía de sangre, si bien cristiana de confesión. Judía, se llamó Esther; cristiana, mudó su nombre en el de María.

¿Y él? El es un guapo mozo, elegante, ágil, buen jinete. Monta un caballo retinto, de cuello arqueado y lustroso, de crespas y largas crines. Es tan buen jinete como gran cazador. Gusta, como el que más, de las salidas matinales, escopeta al hombro; de seguir los rumores de la selva a la sombra de sus añosos árboles, en medio de los perros que por momentos aúllan con impaciencia, creyendo oír el bufido de algún tigre en la maraña. Mas no son las suyas cacerías de entretenimiento y ocio cuanto de serviciales guerras para protección de los ganados contra las fieras siempre al acecho. Tal Efraín. Además, hace versos; bellos versos que poseen la virtud de entristecer dulcemente:

Ven conmigo a vagar bajo las selvas
donde las hadas templan mi laúd...

Ved ahora la casa. Se oye desde la galería el rumor del río que corre abajo. Se ven, desde el comedor, las desnudas crestas de las montañas. Rompe el día, y ya se escucha entre el alboroto y greguería de las bandas de loros, la algarabía de los pájaros. Se pone el sol, y el monótono y triste canto del diostedé es el último eco —y tan lastimero— del crepúsculo: su monótono y triste canto trasílabo: Dios-te-dé... Y, claro está, la casa se halla rodeada de huertos. Árboles agobiados de tanta fruta mecén sus ramas al viento. ¡Y qué de flores! Azucenas, lirios, claveles, mejoranas, montenegros, campanillas moradas, llenan el delantal azul de la niña cuando baja a cortar flores para el cuarto de su novio.

En la mesa, que preside el padre de Efraín —también hebreo converso— María se sienta frente al amado. Traen y llevan los platos unos mansos y felices esclavos. Al terminar la cena, levantados los manteles, reza uno de ellos el padrenuestro que los amos corean.

Mas ya estamos en plena crisis sentimental. En el trópico —al menos en el trópico literario— las pasiones son repentinas, y las desdichas cuando se han de abatir sobre los destinos caen como arrolladoras tempestades. Hállanse frente a frente o lado a lado los amantes. Pero su encuentro es desde la primera hora un amago de ausencia. El hado los une solamente para separarlos. Efraín deberá partir para Europa y terminar sus estudios de medicina: que su padre, tiempo ha, lo tiene resuelto. Pronto sobreviene amenaza aun más grave de separación y luto: el primer ataque de María; un ataque nervioso del tipo de los trastornos epilépticos. No fué otro el mal que arrebató a su madre, tan joven...

¡La epilepsia!... ¡Santa e inocente América! La epilepsia, que no es precisamente una enfermedad poética, es admitida y aceptada en la novela, sin que a nadie induzca en sospechas de un posible carácter diabólico o sabático, ni a vincular este sábado de las brujas con aquel otro de su raza... Suave, dulce, angelical América, en que ni la epilepsia es otra cosa que una simple enfermedad, ni supone más la conversión de un hebreo que una mera preferencia confesional. ¡Beata, bella, limpia, limpiísima América!

Interrumpida su dicha por el viaje de Efraín, morirá María. Como las flores, vive a condición de ser feliz. Mas ¿triunfará la fatalidad? Está a punto de suceder por dos veces que Efraín deba quedarse, ya sea que muera el padre, nada sano, ya que sus negocios sigan tan malos como van. Con todo, triunfa la sombra: que no en vano cruza el cielo una ave présaga cuyo graznido ominoso puso ya espanto en los amantes; ni hay cómo no respirar en los crepúsculos ese hálito de lo fatal, venenoso, insistente... perenne.

Así van pasando los días en la casa de la sierra, mientras ellos se aman; ¡y de cuán inefable modo! Amar es en él tomar a

besos las flores que ella corta en las tardes, querer aspirar de una vez todos los aromas, buscando en ellos el de los vestidos de María. En ella, amar es palidecer o ruborizarse, bajar los ojos, abandonar totalmente el alma al ensueño. En ambos, “un casto misterio”. ¡Y qué perfume el de sus diálogos! Se dicen al separarse, bien sea por horas: —Piénsame mucho...

¿Y si ella enfermase tanto como puede acontecer, como llegó a temer el médico? No por ello él habrá de amarla menos; mucho más la amará.

—Vas a pasar quizás la mitad de tu vida sentado sobre una tumba, le reflexiona Carlos, su amigo.

No importa: él sólo sabe que todo lo arrostrará por ella.

—¿La amas pues como creíste llegar a amar cuando tenías dieciocho años?

—Así.

Parte Efraín y empieza a languidecer María. ¿Qué hará sin él? Las cartas que le escribe, van húmedas de sus lágrimas. ¿Y qué le dice? He aquí palabras de aquellas cartas: “Mientras están de sobremesa en el comedor, después de la cena, me he venido a tu cuarto para escribirte”. Así llora la niña. “Todo está como lo dejaste —continúa—. . . abierto sobre la mesa el último libro que leíste; tu traje de caza donde lo colgaste al volver de la montaña; el almanaque del estante mostrando siempre ese 30 de enero ¡ay, tan temido, tan espantoso y ya pasado! Ahora mismo las ramas florecidas de los rosales de tu ventana entran como a buscarte, y tiemblan al abrazarlas yo diciéndoles que volverás”.

Tan mala se pone la doliente criatura, que Efraín debe volver, llamado por su padre. ¿Llegará a tiempo todavía? “Ven —le escribe la enamorada—, ven pronto o me moriré sin decirte adiós. Hace un año que me mata hora por hora, esta enfermedad de que la dicha me curó por unos días. . .”

Cuando vuelve Efraín ya es tarde. En la casa todos visten de negro: murió María, que pocos días antes, adivinándolo, confiaba a Emma sus postreros encargos: —Pondrás en el cofrecito en que tengo sus cartas y las flores secas, esta sortija que puso en mis manos en víspera de su viaje; y en mi delantal envolverás mis trenzas. . .

Duro caso. Este es el libro de amor de América; su catecismo de bien querer... Libro en que la vida es tomada en desolada perspectiva desde la primera página, pues que comienza la novela ya consumada la amorosa catástrofe y para amargo lloro ante la fatalidad. La vida entera queda entonces referida al lamentable fin de un destino. Lo único cierto es que la fatalidad ha vencido, como hartó lo previniera en su graznido el pájaro agorero. No hay cómo no concebir un íntimo rencor, un secreto resentimiento contra el orden de las cosas, y sin duda contra el Todopoderoso, que deja abatir y destrozar la dicha preciosa de dos seres que se aman. Y es un novio viudo el que va contando su viudez y su tiniebla a lo largo del relato. Tristeza pura, en conclusión, aunque no falten descansados episodios, y aunque abunden, si se quiere, paisajes y cuadros de costumbres. Mas todo se borra y desvanece no bien se levantan las figuras dolientes de Efraín y de María. Por lo demás, no está en los campos abiertos el teatro de la acción sino en la encerrada intimidad de la casa. Y esto es lo que prepondera: esta terrible unidad de lugar: aquella casa, aquel cuarto, aquel comedor, aquel ambiente invariable, en que, por decirlo así, apenas se renueva el aire.

—¿Ya leíste *María*?

—¡Ay, sí!

Lúgubre catecismo de amor, *María*; libro en que no otro objeto se traza acaso el autor que el de Chateaubriand con *Atala*; aglomerar tanta pena que "hiciera llorar al mundo". Lo consiguió, por desdicha. Y algo más. Bien mirado, no hay muchacho ni hay niña, desde México hasta la Argentina, a lo largo de nuestra América (al menos en cierta clase social y regiones) que no sufra el maleficio de aquella pesadumbre fatal. Bien visto, digo, no hay mozo (al menos, repito, en cierta categoría y regiones) que no quisiera ser un nuevo Efraín, ni muchacha en los mismos casos, que no apeteciera ser María: les parece tan cautivante aquel dolor... Larga, larga y estéril familia la de tanta María y tantísimo Efraín...

Triunfa así la tristeza pura; la pura y simple taciturna tristeza que desarma y enerva, sin que nunca alcance valor de tra-

gedia (si ha de entenderse por tal aquella pasión en que se lucha con el hado, en un impetuoso deseo de salud y de victoria). Para que esto sea más grave, se lee *María* a una edad en que el alma desguarnecida no se sabe defender, y aquella apetencia de fatalidad se escurre allá por lo íntimo de la subconsciencia...

Bien sé que algo más fué *María* cuando nació a la fama. Americanismos frescos, a cuyo conjuro despertaron los demás regionalismos, brindándose a los pueblos del continente, y fué como comer un pan sabroso y tierno. Pero todo eso pertenece a la decoración y a los telones, y aquí hemos querido hablar de los actores, de Efraín y de María, y de su tétrico testimonio ante el mundo, para atrevernos a decir que muy otros Efraínes y Marías necesitamos en América: Marías y Efraínes que se amen con alegría, que se casen y tengan hijos sanos y fuertes.

Estos son los cánones morales y estéticos que deseáramos ver triunfantes sobre todo en la novela americana; pues, si conforme a la paradoja de Wilde, la naturaleza termina por asemejarse a su pintura, mucho más cierto es que de conformidad con las corrientes novelescas se va haciendo el amor cotidiano.

ARTURO CAPDEVILA.

